

béis y que están grabadas en vuestros corazones: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. "Es como si dijera, no sólo soy pura, sino la pureza misma; no tan sólo soy Virgen sino la virginidad encarnada y viviente; no tan sólo soy blanca sino la blancura personificada." Con estas y otras frases semejantes, que aunque de piadoso seglar han sido más de una vez pronunciadas en el púlpito por insignes predicadores, explican los que han escrito sobre las apariciones de Lourdes por qué no dijo la visión, *soy María Inmaculada, soy la Virgen purísima, sino soy la Inmaculada Concepción*. Entre sus palabras y la reciente declaración dogmática hay una conexión manifiesta: quiso María afirmar de una manera enfática el carácter absoluto del privilegio con que ella sola fué agraciada, y que acababa de ser definido por el Vicario de su Hijo Divino.

El venerar, pues, á Nuestra Señora de Lourdes, es venerar el misterio de la Concepción sin mancha de María. Es no sólo confirmar y proclamar la creencia que ya desde antes teníamos, sino hacer un nuevo y solemnísimo acto de fé, un acto de ciega obediencia al infalible Pontífice de la Iglesia universal. El erigir, por tanto, un templo dedicado á perpetuar la memoria de los milagros de Lourdes, y á honrar á María bajo la advocación que ella escogió al descender á la gruta de los Pirineos, conviene en alto grado á un pueblo que, como el mexicano, se ha gloriado siempre de ser católico, y ha profesado desde que se enarbó la cruz en este suelo, singular devoción á María Inmaculada. Es cierto que la Iglesia Catedral está dedicada desde su fundación al mismo misterio; pero ella representa nuestras antiguas creen-

cias heredadas de nuestros padres, mientras que el santuario que hoy inauguramos da testimonio de vuestra propia fé personal. Aquella es prueba evidente de vuestra devoción primitiva; este templo demuestra vuestro asentimiento al dogma recién declarado: y precisamente en los momentos en que más peligro corre vuestra fé, ostenta á la ciudad y al mundo la firmeza de vuestro catolicismo. Yo felicito, por tanto, á quien tuvo la idea de erigir este santuario y á los que han llevado á cabo su construcción; y no puedo menos que felicitarme á mí mismo, á quien tocó por casualidad bendecir la primera piedra, á quien ha tocado de derecho inaugurarla una vez concluido.

Pero no es esto todo. ¿Recordáis la historia de los diez leprosos del Evangelio? Todos fueron curados milagrosamente por el Señor; pero uno solo volvió á darle las gracias por el beneficio recibido, y ese, como observó con tristeza Jesucristo, era un extranjero. Por intercesión de María Inmaculada no diez, sino diez mil y más de nuestros conciudadanos han sido curados de la lepra del pecado: con el agua milagrosa de Lourdes muchos, aun en estas lejanas regiones, han recobrado la perdida salud. Mengua muy grande habría sido en nosotros el imitar á los nueve ingratos leprosos: bien habéis hecho, ¡oh fieles de Monterrey! en seguir el ejemplo del único agradecido.

Aún hay más, Hijos míos. No sólo es emblema este nuevo templo de vuestra devoción y gratitud á María, de vuestra fé en el misterio de su Concepción sin mancha y de vuestra obediencia al Vicario de Cristo. La Iglesia de Jesús, santa por su divino Fundador, santa

por sus doctrinas, santa por sus Pastores y por la multitud de mártires, confesores y vírgenes que en ella florecen, es santa también por los milagros que en ella no cesan de admirarse. La herejía los niega, la incredulidad se burla de ellos, la impiedad zahiere á los que creen en prodigios. Vosotros, al erigir un templo á Nuestra Señora de Lourdes, afirmáis solemnemente que creéis en los milagros que el Señor se digna obrar en su Iglesia, y protestáis solemnemente contra los que se atreven á negarlos. Protestáis igualmente contra aquellos que, ávidos de portentos, ansiosos de comunicaciones con otro mundo mejor, sedientos de conversación con los espíritus angélicos, buscan por medios ilícitos revelaciones y profecías, y creyendo hablar con Dios, y con sus ángeles, y con las almas de los que á mejor vida han pasado, solamente consiguen conversar con Satanás y llenarse la mente de vanas ilusiones.

Véis, pues, Hijos míos, que el santuario que acabamos de abrir, y en que por primera vez se están celebrando los divinos misterios, es una fortaleza de vuestra fé, y un baluarte místico contra los errores modernos. Es una solemne protesta contra el cisma y la herejía, contra el racionalismo y el materialismo, contra el positivismo y el iluminismo resucitado. Este nuevo templo completa la cadena de místicas fortalezas que defienden vuestra ciudad de los asaltos de Satanás. En la parte más antigua se eleva majestuosa la Iglesia Catedral, dedicada á María concebida sin mancha, testimonio de la profundidad y antigüedad de vuestras católicas creencias, raíz, si así puedo expresarme, del árbol de vuestra fé. Allá abajo, en el centro actual de la ciudad, y enfrente de

nosotros, se ven los muros y bóvedas ya casi concluidas del suntuoso templo de Nuestra Señora del Roble, que antes de espirar este año, si Dios nos lo permite, también bendeciremos. Él representa la fé acendrada y devoción particular de vuestra ciudad. Es una especie de voto, de solemne juramento que hace Monterrey de ser siempre fiel á María Santísima: es el tronco firmísimo del árbol, que no podrán conmovier los vendavales. Sobre la colina cercana, un santuario, modesto, pero que es fruto de mil privaciones y sacrificios, domina la ciudad, y en él se venera á la Virgen Santísima de Guadalupe, que cubre con sus alas á su pueblo, y es como la copa del árbol mismo que nos convida á todos con su sombra fresquísima. Esa capilla es como el monumento que indica que el paganismo acabó para siempre en el suelo de México, que los sacrificios humanos de los aztecas jamás volverán, que los ídolos derribados no se verán ya más en los ensangrentados altares. Es al mismo tiempo una reparación que hace la ciudad de Monterrey por las injurias, ridículas todavía más que blasfemas, que uno de sus hijos dirigió á la Iglesia y á la Madre de los mexicanos en el lugar mismo de sus mayores glorias; injurias que, por desgracia, han hallado eco aun en nuestros días.

A esta bella cadena de espirituales reductos faltaba el coronamiento, y vuestra piedad lo ha colocado en este santuario. En un monte más alto que todos los demás, y que domina los collados circunvecinos, y los cerros lejanos, y todos los templos y edificios de la ciudad, se ha preparado en los últimos días esta nueva morada de la Divinidad. Lejos de toda habitación humana, de no fá-

cil acceso, separado del centro por un río sin puentes, parece exclusivamente pertenecer á Dios, y ser la montaña por excelencia de su augusta Casa. Le conviene perfectamente la primera parte de la profecía de Isaias que tomé por tema de mi discurso: *erit in novissimis diebus præparatus mons domus Domini in vertice montium*. De vosotros, ¡oh fieles! depende el cumplimiento de la segunda y más importante parte de la predicción. De muy poco servirá que hayamos erigido el santuario, que hayamos preparado la Casa del Señor y la hayamos santificado con agua lustral y centuplicadas bendiciones, si no acuden á orar en su recinto mil y mil devotos adoradores. Ya está preparado el monte de la Casa del Señor en el punto culminante de estas montañas; ya sus elevados arcos ojivales, y sus góticas almenas, se elevan sobre todas las alturas: resta que podamos decir con verdad *fluent ad eum omnes gentes*; réstanos ver si de Monterrey y sus contornos, de nuestro Estado y de los extraños, acuden aquí los fieles en devotas peregrinaciones, y no desdice vuestra piedad de la de otros pueblos que han hecho célebres sus santuarios por su constancia y empeño en frecuentarlos.

Mucho se ha censurado el lugar que fué elegido para la construcción de este templo: ¿tendrán razón los implacables censores? Es considerable la altura del monte que nos sostiene; el vapor y las conveniencias comerciales están atrayendo la población por un rumbo completamente opuesto; si no se repite en nuestra pequeña Lourdes el milagro de la Lourdes verdadera, no es posible que el profundísimo pozo excavado con dificultad en la roca pueda apagar la sed aun de un puñado de peregrinos.

nos. ¿Será posible que en circunstancias tan adversas haya culto en el nuevo templo? ¿Dónde hallar sacerdotes que emprendan tan larga caminata para celebrar los divinos misterios? ¿Dónde hallar devotos que, desafiando los calores del sol, y los furores del río que en la estación autumnal acostumbra hincharse de repente, vengán á arrodillarse en este lejano templo, después de desgarrar sus plantas en la áspera subida?

A vosotros, repito, toca dar una respuesta con hechos que no sé predecir ni prever. Sólo, sí, observaré, que si no hubiera dificultades, ningún mérito habría en las peregrinaciones á nuestra Lourdes; que si estuviera en el centro de la ciudad, no sería maravilla el que se tributase culto á la sagrada imagen; que aquí es donde se probará si sois en verdad devotos de María y agradecidos á sus beneficios. En cambio de algunos inconvenientes, tenemos al gótico edificio en un lugar prominente, visible por todos lados, llamando la atención del extranjero, levantándose orgulloso como ciudadela inexpugnable de nuestra fé.

¡Oh! ¿Por qué no están con nosotros los iniciadores del piadoso proyecto? Que las trompetas de la Fama lleven á mi venerable Predecesor la noticia de esta fausta solemnidad. Sepa que, en el que fué en su tiempo un inculto monte, se eleva majestuoso y elegante nuevo templo de sólida piedra, de graciosa arquitectura y duradera construcción; que el no pulido peñasco que en su presencia bendije, sostiene ahora la mole sagrada de gótico santuario, en derredor del cual su antigua grey se encuentra agrupada, y le consagra filial recuerdo de amor y gratitud. Sírvale este mensaje de consuelo en

sus últimos años; alargue sus días la dulce satisfacción de saber que vive su memoria en su antigua diócesi, y que germina en ella la simiente evangélica que sembró.

La Virgen Inmaculada se dignará, sin duda, hacer llegar la fausta noticia al piadoso varón cuyas abundantes limosnas han sido casi exclusivamente las que han construido el edificio, y cuyo único empeño era que se callara el nombre del generoso donador. La Providencia lo arrebató de entre los vivos antes de ver coronados sus ardientes deseos: sepa, al menos, en las regiones de la eternidad en que se encuentra, que no acabaron con su vida los trabajos en el templo de Lourdes; que otras manos terminaron lo que él empezó y heredaron su gratitud hacia la Virgen Santísima, que tanto lo favoreció en este mundo, y que no lo habrá desamparado en su tránsito amargo.

¡Oh Virgen sacrosanta! Dígnate hacer de este nuevo santuario un lugar predilecto, donde derrames á manos llenas tus dones más escogidos. ¡Oh torre de David! Desde la altura en que se te ha construido esta sagrada habitación, cuida y protege á la ciudad que se proclama tu devota; sírvele de fortaleza inexpugnable contra los esfuerzos de los enemigos que ya se descubren y se preparan á asaltarla: *esto nobis turris fortitudinis a facie inimici*. ¡Oh palmera hermosísima de Cades, cedro gigantesco del Líbano! Cubre con la sombra de tu divino follaje á los fieles aquí congregados; hallen siempre junto á tu trono los devotos habitantes de Monterrey un lugar de dulce reposo, donde lejos de los rumores del mundo se consagren á amarte, se dediquen á servirte, se ocupen sólo en adorarte. Las gracias espirituales y las

curaciones milagrosas que prodigas en la gruta donde apareciste hace veinticinco años, no sean el patrimonio exclusivo de los habitantes de aquellas comarcas. Dígñate favorecer con ellas igualmente á los que te han edificado este templo, á los que han venido á adorarte este día en sus recién construidos muros, á los que en adelante acudirán á ofrecerte bajo su techo el incienso de sus plegarias y el tributo de su veneración.

